
CAPÍTULO II.

HISTORIA Y MEMORIA: ENGRANAJES DE LA TRANSDISCIPLINARIEDAD

Erika Johanna Upegui Correa*
Gustavo Adolfo Mahecha Beltrán**



* Doctoranda en Pensamiento Complejo en la Multiversidad Edgar Morín (México). Magíster en Educación y especialista en Docencia Universitaria por la Universidad Cooperativa de Colombia. Licenciada en Ciencias Sociales. Docente investigadora en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6816-8510>

CvLAC: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000067774

** Doctorando en Psicología en la Universidad de Salamanca (España). Magíster en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional. Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana. Profesional en Filosofía por la Universidad Minuto de Dios. Docente investigador en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), la Universidad Santo Tomás (USTA) y la Universidad La Gran Colombia (UGC). Sus líneas de investigación son la sexualidad y las relaciones interpersonales, la ética, la resiliencia y la espiritualidad.

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-5233-3769>

CvLAC: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000051554



Introducción

Desde la altura de una ventana, la ciudad se revela como un mosaico desigual, hecho de retazos, techos improvisados y estructuras dispares que narran una historia no oficial: la del desplazamiento, la resistencia y la construcción de lo común. En el barrio Mirador del Paraíso, en Ciudad Bolívar (Bogotá), se encarna esta experiencia urbana liminar, donde la historia y la memoria no son solo categorías académicas, sino condiciones vitales de la existencia. Este artículo se propone analizar cómo estos dos elementos —historia y memoria— funcionan como engranajes de una comprensión transdisciplinaria de la realidad, a partir de la recuperación de la vivencia de quienes habitan y resignifican territorios históricamente excluidos.

Por medio de una mirada fenomenológica, se indaga en el sentido que adquiere el habitar desde las subjetividades encarnadas, a partir de los relatos que reconstruyen el pasado como forma de proyectar un futuro posible. Así, este trabajo busca superar la fragmentación disciplinaria y avanzar hacia una comprensión situada, ética y compleja de la vida en contextos urbanos precarios, a la luz de la transdisciplinariedad.

Desde la fenomenología, lo esencial no es describir el hecho desde fuera, sino comprenderlo desde la experiencia vivida, desde dentro, desde abajo, en el marco de los múltiples imaginarios, desde una mirada educada a la luz de criterios específicos en el marco de la integralidad y el agenciamiento. Así, este artículo asume un enfoque fenomenológico que prioriza la voz de quienes habitan el Mirador del Paraíso, sus formas de sentir, construir y resignificar el territorio. Tal como lo plantea Husserl (1991), el conocimiento parte de la “vuelta a las cosas mismas” (p. 27), es decir, de una aproximación a los fenómenos tal como son dados a la conciencia por medio de la experiencia, incluidos aquellos relacionados con la retención y la rememoración.

Aplicada a contextos de exclusión urbana, la fenomenología, por medio de la hermenéutica crítica y ontológica, permite acceder a la dimensión profunda de lo social: a la intencionalidad con la que se habita un barrio, a los vínculos afectivos con un territorio construido en medio de la precariedad, y a la historicidad encarnada en la cotidianidad del ser, mediante el ejercicio de la memoria.

Desde esta perspectiva, la memoria y la historia dejan de ser archivos externos para convertirse en vivencias encarnadas que configuran la identidad personal y colectiva en la medida en que se acoge, se asume y se vive el tiempo, el cual se corresponde con el cuidado retrospectivo, circunspectivo y prospectivo, de manera especial si se tiene presente que la temporalidad constituye la precondition existencial de la referencia de la memoria y de la historia al pasado.

Más concretamente desde la lógica de los tres presentes: el presente del pasado, que es la memoria; el presente del futuro, que es la espera, y el presente del presente, que es la intuición o la atención (Ricoeur, 2004); o, desde otra perspectiva esta concepción puede entenderse a partir de la afirmación de que “el presente de las cosas pasadas es la memoria, el de las cosas presentes, la visión, y el de las cosas futuras, la expectativa” (Agustín de Hipona, ca. 397-400/2013, p. 449); en todo caso, estos constituyen, para este artículo y para muchos, un núcleo fenomenológico para el análisis de estos engranajes de la transdisciplinariedad.

La fenomenología también se resiste a la mirada objetivante que clasifica sin comprender, que diagnostica sin dialogar. Al reconocer que la realidad social se da en la experiencia vivida y compartida, este enfoque abre la posibilidad de repensar los problemas urbanos desde una ética de la escucha, de la presencia, del cuidado, al igual que desde una pedagogía dialogante y de la indignación; más aún si se tiene en cuenta que la narración implica memoria y previsión, así como espera. En este sentido, el presente artículo no se limita a estudiar el barrio, sino que se compromete con él, desde un ejercicio de pensamiento encarnado y situado, justamente porque se reconoce que la imagen propia del recordar es una huella que dejan los acontecimientos y que permanece marcada en el espíritu (Ricoeur, 2006).

Historia y memoria engranajes de la transdisciplinariedad¹

A veces, al acercarse a algunas ventanas, en el horizonte se puede vislumbrar un espacio construido por medio de retazos, pequeños trozos de madera, cemento y ladrillo, dispuestos de forma desigual. En ese mirar se realizan múltiples preguntas, especialmente sobre cómo se construyó una localidad, en este caso, Ciudad Bolívar, en Bogotá, y, más aún, el barrio Mirador del Paraíso, que se ha convertido en un lugar propicio para comprender las dinámicas sociales que se entretajan en espacios tan diversos como este.

Se trata de un lugar lleno de desigualdad, donde muchos de sus habitantes han llegado a ese espacio a causa del desplazamiento y de la violencia que afecta al país. De ahí que se puedan tomar las palabras de Max-Neef (2004), quien menciona:

1 El presente documento hace parte de un ensayo presentado en la asignatura IV, denominada Transdisciplina y Metodología de la Investigación, del Doctorado en Pensamiento Complejo de la Multidiversidad Edgar Morin.

No debiera sorprender, entonces, que, por ejemplo, los esfuerzos por superar la pobreza fracasen sistemáticamente. En la medida en que no se definan explícitamente los principios éticos y los valores que deben conformar una sociedad orientada hacia el bien común, no pueden diseñarse políticas coherentes con el desafío. (p. 9)

En este sentido, el Mirador del Paraíso no solo se presenta como una geografía de lo marginal, sino como una cartografía viva en la cual se inscriben las huellas del desarraigo, la exclusión y la resiliencia. En ella, las casas con muros irregulares y techos improvisados hablan tanto de la precariedad como de la voluntad de permanecer, de rehacer la vida a pesar de las múltiples causas por las que se está en ese lugar.

Las preguntas que surgen desde la ventana no son solo topográficas, sino profundamente éticas: ¿qué condiciones históricas, políticas y sociales han permitido que territorios como este existan en el límite de lo visible? ¿Qué sentido tiene hablar de desarrollo cuando los principios del bien común parecen diluidos en lógicas de mercado y asistencialismo?

La reflexión de Max-Neef (2004) interpela de manera directa estas realidades, pues pone en evidencia cómo las políticas públicas muchas veces fracasan al no enraizarse en un reconocimiento genuino de las necesidades humanas y de los valores que estructuran la vida digna. Desde allí, este artículo propone una mirada crítica que permita comprender el entramado socioespacial del Mirador del Paraíso, no como una periferia carente, sino como un escenario complejo de construcción de sentido, identidad y resistencia.

Estas comunidades, además, han desarrollado formas particulares de habitar, narrarse y resistir. Lo que, desde una mirada hegemónica puede entenderse como “desorden” o “informalidad”, responde, en realidad, a lógicas propias de adaptación y sobrevivencia. Por ello, continuando con las palabras de Max-Neef (2004), es necesario reconocer:

La coexistencia de al menos dos mundos desentrañados por la ciencia coincide notablemente con planteamientos similares surgidos de religiones, tradiciones, y creencias, cuando se trata de adentrarse en el universo interior. La creencia en mundos paralelos es algo que en lo personal he planteado alegóricamente en los siguientes términos: “Hay un mundo en el que hay que ver para creer; y hay otro mundo en el que hay que creer para ver”. (p. 14)

Tal como lo sugiere el autor, hay realidades que solo se hacen evidentes cuando se cree en ellas, cuando se reconoce la potencia de lo simbólico y de lo comunitario. En el Mirador del Paraíso, coexisten estos dos mundos: uno que exige ver para creer, anclado en las cifras, mapas o diagnósticos oficiales, y otro que solo puede entenderse desde la

experiencia vivida, desde los relatos compartidos y los afectos tejidos en la precariedad, donde la práctica cotidiana desafía la exclusión.

Esta doble mirada no solo interpela las formas en que se produce conocimiento acerca de la ciudad, sino también los marcos a partir de los cuales se diseñan políticas públicas, que en muchas ocasiones ignoran la riqueza de estos universos paralelos en los que se habita a partir de una resistencia silenciosa, pero profunda.

Cabría, en este caso, considerar que, en muchas ocasiones, este tipo de situaciones se ve permeado por manifestaciones simplistas y por reacciones punitivas, en las cuales pocas veces se va más allá de lo que la superficialidad permite reconocer. Se hace necesario comprender que la sociedad no puede funcionar desde la *monopolaridad*, especialmente cuando se observa desde las relaciones humanas, pues no deben existir disfunciones dentro de las relaciones sistémicas en las que se construyen tejidos sociales. Se recuerda, así, que el llamado es a generar procesos de comprensión que vayan más allá del conocimiento de una situación.

Frente a los aportes de la doctora Frade (2009) acerca de la discusión que se viene dando, se hace necesario reconocer que existe una relación entre quienes construyen y observan lo que está frente a ellos, teniendo en cuenta que, en el caso de Ciudad Bolívar, se genera una construcción de identidad a partir de la memoria como un elemento de cohesión social, que requiere de un diálogo entre las múltiples perspectivas.

De igual forma, abordar estas dinámicas territoriales desde el lente de la complejidad y el enfoque adaptativo exige abandonar las lecturas monopulares y punitivas que reducen la realidad social a una categoría superficial. En este sentido, el rescate de la memoria colectiva y la identidad comunitaria constituye un andamiaje de mediación instrumental a través del cual los sujetos procesan su bagaje histórico frente a las demandas emergentes de su entorno, transformándose en un despliegue del pensamiento holístico y sistémico, en el que la diversidad no fragmenta la cohesión.

Cuando existe contradicción bajo la mirada de quienes están inmersos en el contexto del barrio, es necesario no reducir las situaciones a una sola parte de la moneda, ya que se necesita unir los puntos de vista para, de esta manera, construir desde el diálogo interdisciplinario.

Es en ese caso, se hace pertinente mencionar las palabras de Gell-Mann (2003) acerca de la unidad de la cultura. Si bien las personas que llegan a Ciudad Bolívar provienen de territorios diversos del país, la integración parte de la posibilidad de diálogo entre quienes están construyendo una nueva identidad, sin dejar de lado todo aquello

que sus culturas les ha aportado. Podría mencionarse que, en medio de la adaptación, emergen los sistemas complejos que se construyen allí en un entramado de semejanzas y diferencias, propio de los sistemas complejos adaptativos. Al respecto de este proceso evolutivo Gell-Mann (2003) reconoce que:

Lo que tienen en común es la existencia de un sistema complejo adaptativo que adquiere información tanto de su entorno como de la interacción entre el propio sistema y dicho entorno, identificando regularidades, condensados en una especie de esquema o modelo y actuando en el mundo real sobre la base de dicho esquema (p. 35)²

Todos los seres humanos poseen la habilidad de desarrollar su sistema complejo adaptativo; en este caso, es el mismo espacio que, bajo diversas dinámicas, permite esta habilidad, que, si bien se relaciona más con aspectos de supervivencia, en ocasiones deja de lado las tradiciones y costumbres de quienes llegan a adaptarse al espacio. Es ahí cuando la historia y la memoria de aquellos que hicieron parte de una comunidad, y que ahora construyen una nueva, empiezan a recopilar todo aquello que se dejó de lado.

Labor que en muchas ocasiones es ejercida por el reciclador, pues es quien recorre grandes distancias para poder acceder a insumos que puedan ser vendidos y, por supuesto, remunerados, retribuyendo así su labor; pero también lo hacen los líderes y

2 La definición de esquema, planteada por Gell-Mann (1994), alude a la estructura conceptual de la que el ser humano hace uso para comprender un conjunto de datos y, así, darles sentido. En este caso, se trata de la asimilación de las costumbres del lugar al que se llega. El contexto al que se hace mención es el barrio Mirador del Paraíso, que hace parte de localidad de Ciudad Bolívar, en Bogotá. Este barrio se ha destacado en los últimos años por su notable proceso de transformación cultural y turística, impulsado principalmente por la estrategia “Barrios Vivos” de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Este programa busca fortalecer la identidad territorial, el sentido de pertenencia y la apropiación del espacio público a través de iniciativas artísticas y comunitarias. Dentro de este contexto, el barrio Mirador del Paraíso ha emergido como un referente clave del turismo comunitario en la zona. Allí, los visitantes pueden participar en recorridos artísticos guiados por líderes locales, apreciar una gran variedad de murales que narran la historia y la resistencia del barrio, y participar en diversas actividades culturales como charlas barriales, mediaciones de lectura, presentaciones musicales y artísticas al aire libre. Más allá de ser un destino turístico alternativo, este se ha consolidado como un espacio de encuentro comunitario, donde el arte y la cultura funcionan como herramientas de transformación social, inclusión y desarrollo territorial.

lideresas sociales, quienes, en vista de las necesidades o desigualdades, buscan espacios de paz y reconciliación.

Desde la adaptación, podría mencionarse que el desarrollo del lenguaje simbólico permite convertir el aprendizaje en una actividad cultural, en la que las sociedades se adaptan y en la que los pensamientos y emociones se puedan conectar por medio del lenguaje como un común denominador de las comunidades en las que se está inmerso.

Dentro de los aportes de Gell-Mann, se pueden distinguir los sistemas simples, complejos y *complejos adaptativos*. Un sistema complejo adaptativo, por ejemplo, puede ser relacionado con un ser vivo o la mente humana, que no solo depende de leyes físicas y químicas, sino también de una gran cantidad de información adicional e histórica. Esta acumulación incorpora elementos aleatorios, evolutivos y contextuales. Este enfoque se alinea con el pensamiento complejo al reconocer la imposibilidad de reducir el todo a sus partes, valorando la incertidumbre, la emergencia y la historia como constitutivas del conocimiento; esto implica pasar de la esterilidad de la certeza a la fecundidad de la incertidumbre, en cuanto las personas y colectivos son dinámicos y misteriosos, y cuentan con las posibilidades de transformar situaciones o condiciones no deseadas en realidades con mayor bienestar subjetivo y objetivo.

De ahí que sea pertinente mencionar las palabras de Murray Gell-Mann (2003), quien, al reflexionar sobre la unidad de la cultura humana, señala que nunca ha creído en la primacía de las divisiones arbitrarias y afirma que “la especialización, aunque no deja de ser un rasgo necesario de nuestra civilización, debe complementarse con la integración a través del pensamiento interdisciplinario” (p. 32).

Si bien las personas que llegan a Ciudad Bolívar provienen de territorios diversos del país, la integración parte de la posibilidad de diálogo entre quienes están construyendo una nueva identidad, sin dejar de lado aquello que sus culturas les han aportado. Podría afirmarse que, en medio de la adaptación, emergen sistemas complejos que se configuran en un entramado de semejanzas y diferencias, propio de los sistemas complejos adaptativos.

De este modo, cada individuo opera como un sistema complejo adaptativo en constante evolución. Sin embargo, cuando estos sistemas confluyen en un mismo espacio territorial, las dinámicas de cohabitación y las presiones inmediatas de supervivencia pueden forzar procesos de asimilación que, en ocasiones, tienden a marginar las tradiciones y costumbres de quienes llegan a adaptarse al lugar.

Es en ese punto donde resulta imperativo rescatar lo que Gell-Mann define como ‘accidentes congelados’ o regularidades históricas, es decir, toda esa cantidad significativa de información contextual y cultural que cada comunidad trae consigo. En consecuencia, la memoria y la historia no son datos accesorios, sino que se configuran como fuentes profundas de complejidad efectiva, imprescindibles para comprender los procesos identitarios y adaptativos que atraviesan territorios como Ciudad Bolívar.

En torno a este tipo de comprensiones, Ricœur (2001) señala que ningún discurso puede suprimir la pertenencia a un mundo desde lo real empírico, y que la metáfora se puede tomar de todo aquello que rodea al sujeto, sea real o imaginario, especialmente en un sentido intuitivo y simbólico que emerge del diálogo del sujeto con su propia conciencia, sobre todo por la fusión del sentido y los sentidos que da vida a lo imaginario, en este caso, implicado en el lenguaje mismo. Tal como se ha indicado, resulta relevante, a manera de ejemplo, la labor que desempeñan los recicladores de esta y de todas las zonas del país, teniendo muy presente que lo imaginario tiene carácter de cuasi observación y, desde ahí, mantiene también su carácter de cuasi experiencia (experiencia virtual-ilusión), tendiente a la experiencia-acto como significación metafórica.

Es en este punto donde se pone en evidencia la verdad de lo imaginario, el poder ontológico de la acción creadora, así como la apertura a esa imagen que el sentido libera —pues solo se extrae del mundo lo imaginario desencadenado por el sentido— y que no solo pasa por el hecho de recoger vestigios de lo que un día fue, sino también permite construir desde la evidencia y las vivencias. Esta es una labor que también realizan los líderes comunitarios en Paraíso Mirador quienes en vista de las necesidades o desigualdades buscan espacios de paz y reconciliación en medio de su opción por la interacción llena de sentido. De esta manera, los engranajes de la transdisciplinariedad, en medio de un sistema que hace parte de la evolución, pasan por un lenguaje que actúa sobre todos los conflictos entre perspectiva y apertura, designación y sugereencia, imaginario y relevancia, concreción y plurisignificación, precisión y resonancia afectiva, etc. (Ricœur, 2001).

Dentro de este mismo lenguaje y realidad, no solo como potencia sino también como acto —precisamente por la certeza del lenguaje, la experiencia y la acción transformadora profunda—, es justo y necesario abocarse a lo bella y pertinente que resulta la relación entre la espera y la memoria como modalidades del presente, así como si vínculo con la atención requerida para este tipo de empoderamiento del que se está hablando, en lo que se podría entender como una metáfora más en el marco de los engranajes de la transdisciplinariedad, caracterizados por la crítica que dispone el

surgimiento del sentido verdadero cuando se hace posible conquistar la evidencia auténtica (Ricœur, 2006).

La apuesta es, pues, por un presente que es paso, que es transición, que es afirmación para las huellas que se pretende tejer en medio del aparente desorden de mentalidades y acciones. Por ello, en este capítulo se exalta la narración cotidiana de esta población: porque se considera que implica memoria, previsión y espera, pero también la experiencia y la acción marcada y determinante en el espíritu, en el marco del círculo entre narración y temporalidad (Ricœur, 2006).

De otro lado, y dando continuidad a la reflexión en el marco de la revolución contemporánea del saber, Sotolongo y Delgado (2006) plantean una profunda reflexión sobre la necesidad de superar las estructuras rígidas del conocimiento disciplinario. En su texto, los autores abogan por una transformación epistémica mediante la transdisciplinariedad, entendida no solo como una articulación de saberes, sino como una estrategia para abordar la complejidad del mundo desde una perspectiva inclusiva y crítica.

Frente al enfoque clásico de la racionalidad moderna, basado en la separación, la jerarquía y la fragmentación del saber, la transdisciplinariedad surge como un esfuerzo indagatorio que no se conforma con la simple cooperación de disciplinas (como en la multidisciplinar) ni con su convergencia parcial (como en la interdisciplina), sino que busca integrar, trascender y reorganizar los saberes en función de una visión holística de la realidad, en línea con una de las necesidades del s. XXI en torno al multiperspectivismo. Este enfoque se alimenta de las disciplinas científicas, pero, a su vez, las realimenta, abriendo caminos hacia nuevos objetos de estudio bajo nuevas formas de comprender lo real.

En este sentido, una pedagogía dialogante manifestada en un profundo diálogo de saberes es un componente esencial de la transdisciplinariedad, pues no se limita al intercambio académico entre especialistas, sino que incluye saberes tradicionalmente marginados por la racionalidad moderna, como el conocimiento cotidiano, los saberes ancestrales, religiosos, espirituales y populares, en todos los casos desde una perspectiva de pensamiento y acción críticos (pedagogía de la indignación). La inclusión del “otro” no académico, enriquece el saber colectivo y permite una aproximación más ética, situada y compleja a los problemas del tiempo presente.

Sotolongo y Delgado (2006) denuncian el poder disciplinario como una barrera para el conocimiento libre. Inspirados en Foucault, reconocen que los sistemas de saber han sido históricamente dispositivos de exclusión, que legitiman solo ciertos discursos. La transdisciplinariedad, en contraste, invita a un modelo de conocimiento abierto, crítico

y participativo, orientado no solo a explicar el mundo, sino a transformarlo y encuentra un ejemplo significativo en quienes han construido, con gran esfuerzo, el espacio del barrio Paraíso-Mirador en Ciudad Bolívar.

Se reconoce, así, que el conocimiento deja de ser un privilegio de expertos y se convierte en una construcción colectiva orientada al cuidado de la vida, la justicia epistémica y la comprensión de un mundo profundamente interrelacionado.

Cabría, entonces, en este espacio hacer mención de uno de los interrogantes en torno a la necesidad de una óptica transdisciplinaria para otro modo de pensar, propuesto por Lanz (2010), no desde el conocimiento científico e intelectual, sino más bien desde aquello que los ciudadanos de a pie realizan cada día en su lucha por generar arraigo y pertenencia a un espacio que muchas veces es tierra de todos, pero, a su vez, de ninguno. Es ahí donde resaltan los comentarios al pie y el esfuerzo de difusión de lo que se realiza, pues sus esfuerzos y aportes tienen un enorme valor a la hora de socializar agendas intrincadas, de una elevada complejidad.

Conclusiones

La historia y la memoria no son categorías neutrales: son dimensiones constitutivas del habitar, fundamentales para comprender la vida en territorios excluidos. Desde una perspectiva fenomenológica, permiten acceder a la experiencia encarnada de quienes construyen sentido en medio de la precariedad. Se trata de una experiencia complementaria que se convierte en posibilitadora de vivencias, en tanto en una comunidad algunos podrán aportar desde la lógica de afirmación del signo para predecir o ejercer la previsión, mientras que otros podrán aportar desde la imagen-huella propia de la memoria para la conquista de la identidad en el presente. ¿Con cuál de ellas se identifica, querido lector: la imagen anticipadora, la imagen-huella, o ambas? En todo caso, el llamado es a sintetizarlas por medio de la acción.

El enfoque transdisciplinario abre posibilidades de comprensión más integradoras: frente a la fragmentación del saber moderno, la transdisciplinariedad propone un modelo de conocimiento dialógico, ético y situado, que reconoce la riqueza de los saberes no académicos, en todo caso potenciados desde lógicas de pensamiento y acción críticos.

El barrio el Mirador del Paraíso, como sistema complejo adaptativo, se constituye como un espacio donde diversas memorias, identidades y prácticas generan nuevas formas de vida, de resistencia y de organización comunitaria. La imagen, la metáfora, la vivencia, la experiencia y la acción dependen en gran medida de esos procesos

robustos de formación para el empoderamiento, a favor de la síntesis de una dialéctica que se conjuga en la espera, la memoria y la atención, consideradas no aisladamente sino en interacción.

La fenomenología permite una ética del reconocimiento: al privilegiar la experiencia vivida, este enfoque filosófico invita a comprender los territorios no desde el déficit, sino desde la potencia de sus prácticas simbólicas, su memoria colectiva y su capacidad de transformación.

Referencias

Agustín de Hipona. (2013). *Las Confesiones* (Á. C. Vega, trad.; 24.ª ed.). Biblioteca de Autores Cristianos. (Obra original publicada ca. 397-400 d. C.).

FradeRubio, L. G. (2009). *Planeación por competencias* (2.ª ed.). Inteligencia Educativa. <https://secc9sntedesarrolloprofesional.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/11/18-fra-de-laura-planeacion-por-competencias.pdf>

Gell-Mann, M. (2003). *El quark y el jaguar: Aventuras en lo simple y lo complejo* (A. García y R. Pastor, trads.). Tusquets Editores. (Obra original publicada en 1994).

Husserl, E. (1991). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Crítica.

Lanz, R. (2010). Diez preguntas sobre transdisciplina. RET. *Revista de Estudios Transdisciplinarios*, 2(1), 11-21. [https://biblioteca.umem.mx/books/Lanz,%20Rigoberto/Diez%20preguntas%20sobre%20transdisciplina%20\(1429\)/Diez%20preguntas%20sobre%20transdisciplina%20-%20Lanz,%20Rigoberto.pdf](https://biblioteca.umem.mx/books/Lanz,%20Rigoberto/Diez%20preguntas%20sobre%20transdisciplina%20(1429)/Diez%20preguntas%20sobre%20transdisciplina%20-%20Lanz,%20Rigoberto.pdf)

Max-Neef, M. A. (2004, agosto). *Fundamentos de la transdisciplinariedad*. Universidad Austral de Chile. <https://ecosad.org/phocadownloadpap/otrospublicaciones/max-neef-fundamentos-transdisciplinariedad.pdf>

Ricoeur, P. (2001). *La metáfora viva*. Editorial Trotta y Ediciones Cristiandad. https://www.academia.edu/43711498/Paul_Ricoeur_La_metafora_viva

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica. <https://circulosemiotico.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/11/paul-ricoeur-la-memoria-del-olvido-de-paul-ricoeur.pdf>

Ricœur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=148291>

Sotolongo Codina, P. L., y Delgado Díaz, C. J. (2006). *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO.



